

Grandes palabras de la cruz

(tercera parte)

1^{era} Juan 2.1-2

«Y él es la propiciación por nuestros pecados...» (1^{era} Juan 2.2).

«PROPICIACIÓN»

La gran palabra «propiciación» es una palabra que nos cuesta deletrear, y que a menudo pronunciamos mal. Esta palabra presenta un concepto difícil, porque las costumbres paganas lo han manchado. Los ídolos paganos se presentaban como seres que tienen caprichos pueriles que tenían que ser aplacados. En los tiempos de Jesús, la palabra «propiciación» se refería a aplacar la ira de un ídolo haciendo un sacrificio de sangre.

Dios no tiene estados de ánimo cambiantes; Él está por encima de los sentimientos heridos. Él creó una salvación por la cual podía perdonar a la humanidad y seguir siendo justo en sus tratos con el pecado. Jesús proveyó esta propiciación por medio de Su sacrificio personal. En cierto sentido, ¡Dios llevó nuestro castigo! De este modo, Él puede ser justo y aún así salvar a los pecadores.

El hombre debe ser justo, pero no puede crear justicia,

debido a su pecaminosidad. La justicia viene de parte de Dios, pero Dios no puede simplemente «impartirla» a los pecadores. Los pecadores no pueden compensar, ni sobornar, ni impresionar a Dios con generosos regalos. Jesús llegó a ser el último y perfecto sacrificio para nosotros. Él llevó sobre sí mismo, primero, nuestra carne, después, nuestro pecado. Jesús es *tanto* nuestro sacrificio como nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 2.14–18). Él es *tanto* nuestro Señor como nuestro Salvador (Hechos 2.36). Jesús es nuestro sacrificio vicario: el cumplimiento de todos los sacrificios judíos. Él no fue hecho culpable; fue hecho pecado como sustituto para nuestro pecado (2ª Corintios 5.17–21).

La propiciación obliga a ver la enormidad del pecado. El amor sin ira es sentimentalismo. La gracia divina satisfizo la ira divina por un auto-sacrificio divino.

«EXPIACIÓN»

El Nuevo Testamento dice que es imposible que los pecadores se salven a sí mismos. Solo el cristianismo tiene al Salvador, Jesús.

La propiciación (con la reconciliación como resultado) se hace posible por la expiación (el acto de hacer reparación). La propiciación y la expiación están tan ligadas, que es difícil separarlas. Se expían pecados; se propician personas. La expiación es una verdad doctrinal; la propiciación es una aplicación personal de una verdad doctrinal. La expiación es la remoción de culpa; la propiciación es la remoción de la ira divina que se ha manifestado por causa del pecado.

Jesús es nuestro «propiciatorio» (Romanos 3.25–26). Nuestra justicia es una justicia de fe que viene por Cristo. La sangre de Jesús es nuestro sacrificio expiatorio. La cruz

es donde el pecado del hombre es juzgado. Expiar es pagar la pena, el precio (1^{era} Juan 2.1–2); propiciar es satisfacer la justicia de Dios. Somos comprados por precio, y un Dios justo nos ha declarado justos por nuestra fe en Jesús. Somos declarados perdonados porque Jesús pagó el precio por nuestro pecado (Hebreos 2.17–18; 1^{era} Juan 4.9–11).

Jesús es nuestra «Pascua» (1^{era} Corintios 5.7). Él cubrió nuestros pecados, permitiendo que Dios los pusiera detrás de Él (vea Isaías 38.17).

Dios no se mantuvo separado de la cruz lleno de mal humor y de ira. Él se implicó en nuestra grave situación. En Cristo, Él llevó la pena por nuestros pecados sobre sí mismo, no por sustitución mecánica, sino que motivado por un profundo amor personal. Dios no nos puede perdonar y no nos perdonará, ni nos aceptará, excepto en la cruz.

«IMPUTACIÓN»

La idea de justicia imputada es profunda, sin embargo, sencilla. El hombre pecador no puede ser justo; por lo tanto, la justicia imputada es la única clase de justicia que puede tener. A la justificación se le ha llamado «la suprema paradoja del evangelio». Por el perdón, Dios hace justos a los pecadores (Romanos 8.1–2).

Imputación es un término de la contabilidad que se refiere a que las riquezas de otro se ponen en mi cuenta. Nuestros pecados son imputados a Cristo y, como dijo Pablo, nosotros recibimos «la justicia que es de Dios por la fe» (Filipenses 3.9; vea Isaías 53.5–6, 10–11; Romanos 4.11; 14.9, 1^{era} Pedro 2.24). Lea y vuelva a leer Filipenses 3.7–11. Nosotros preferiríamos merecer la gracia, ¡pero la gracia no puede ser merecida! Burton Coffman lo dijo bien: «Nada que el hombre pueda jamás hacer en un

millón de años de vida justa, podría alguna vez ganar la más diminuta fracción de la salvación que Dios da a los hombres en Cristo».¹ Además, la justicia imputada elimina el orgullo humano. La única obra meritoria en la salvación es la cruz.

«RESCATE»

La más conocida y menos entendida faceta de la expiación es el «rescate». Un rescate es el precio de compra para liberar esclavos, y los pecadores son los esclavos del pecado. Dios silenció para siempre a Satanás en la cruz (Mateo 20.28; Gálatas 3.13; 1^{era} Timoteo 2.5–6; Tito 2.14–15), donde la sangre del Cordero fue dada para redimirnos. ¡Lo que Satanás creyó que fue su más grande victoria, fue su derrota final! Jesús murió por nosotros: como pago por nuestro pecado y como sustituto por nuestra muerte. Él no murió como mártir por una causa, sino que libremente dio Su vida como rescate por nosotros. Jesús hizo perdonable el pecado, y salvable al hombre. ¡Aleluya, nuestro Redentor vive!

¿A quién se pagó este rescate? Dios no compró de Satanás a los pecadores. ¡Dios no negocia con nadie! Somos «vendidos al pecado» (Romanos 7.14), pero no a Satanás. Fue a Dios, no a Satanás, a quien se satisfizo en la cruz (1^{era} Juan 2.1–2). Satanás es el «acusador» (Apocalipsis 12.9–10). Dios no puede ser santo y a la vez no castigar el pecado. La pena por el pecado debe pagarse.

Tampoco se pagó el rescate a la sociedad. La sociedad no tiene ley ni tribunal para procesar el pecado. El rescate fue pagado con el fin de satisfacer la justicia y la santidad

¹ James Burton Coffman, *Commentary on Romans* (Comentario de Romanos) (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1973), 122.

de Dios. Cuando es rescatado, el deudor pasa a ser totalmente propiedad del que paga. Un rescate es satisfacción por el insulto del pecado. La pena de la ley (Romanos 6.23) es pagada, y la santidad de ella es vindicada. El rescate revela la seriedad del pecado. La salvación nos es dada como regalo cuando creemos y obedecemos el evangelio. Jesús no solamente destronó a Satanás, sino que también enfrentó el pecado. Al vencer el pecado, Jesús venció la muerte. La deuda por el pecado es impagable, excepto por la maravilla de Su gracia.

¡Los redimidos no deben olvidar qué es la redención!

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados